

Clarín. Revista Ñ, 30 de octubre de 2013

***Literal*, la revista inoportuna**

Por Aníbal Jarkowski

La madrugada del viernes 26 al sábado 27 de octubre de 1973, en algunas calles del centro de Buenos Aires fueron pegados unos austeros afiches, sin ninguna ilustración pero ocupados largamente por un texto titulado *Literal* nº 1. Una intriga.

Por la mañana, vecinos de esas calles debieron pasar frente a los afiches prestando poca o ninguna atención. Es poco razonable imaginar que se demoraran para leer completa, al menos, la primera de las razones ofrecidas para justificar la aparición de algo –por entonces no podía saberse qué era– llamado *Literal*: “Porque la literatura es una práctica que se transforma en el acto mismo de enunciarse, no puede ser definida en sí misma. Trabajando con códigos y contextos, evocando y ocultando sus referencias, todo texto niega un trabajo ya hecho, lo conserva para superarlo”.

Quedaban por leer siete razones más.

Con la fría perspectiva que ofrecen cuarenta años transcurridos desde entonces, puede decirse que pocas revistas fueron tan inoportunas como *Literal*. Eso mismo es lo que la salvó del olvido.

Considerando la mala fortuna que suele acompañar a la mayoría de las publicaciones de tenor parecido –llamémoslas, ampliamente, revistas literarias– *Literal* tuvo una duración más o menos extensa; de noviembre de 1973 a noviembre de 1977. Sin embargo, salió sólo tres veces, de manera que no tiene sentido hablar de su periodicidad como tampoco de un comité de redacción estable, más allá de la constancia de Luis Gusmán y, en particular, de Germán García, quien se asume como director del último número.

Sí, en cambio, conviene al menos retener el extravagante período histórico –esto es, político, social, económico, cultural– que la revista acompañó como su espejo opaco –“Lado B de los 70” la llamó Juan Mendoza–. El primer número apareció después de que el peronismo, junto con aliados ocasionales o inesperados, con el 62% de los votos llevara por tercera vez a la presidencia a un ya viejo y enfermo Juan Perón, acompañado en esa ocasión por su tercera

esposa en una fórmula que hoy puede –¿y por entonces no se pudo?– calificarse como inefable.

Cuando el número 2/3 salió de la imprenta –2000 ejemplares de 250 páginas–, Perón llevaba un año de muerto y la revista necesitó advertir que el Documento Literal, capital de ese número, “fue redactado en marzo de 1974 en el calor –y por qué no decirlo–, en la confusión de esos momentos. Como tal es una marca”.

El último número, doble también, llegó a las calles, peligrosas y desiertas por las noches, cuando el plan político, financiero y criminal de la dictadura militar se afirmaba para el beneplácito de tantos colaboradores y colaboracionistas. Siempre inoportuna, *Literal* no apareció nunca más.

En los últimos años, la Biblioteca Nacional publicó la edición facsimilar de la revista y distintos críticos escribieron sobre ella; varios –Mendoza, Prieto, Idez, Giordano, Peller, Crespi, Pesce, Mattoni, entre otros– lo hicieron, además, con inteligencia y rigor intelectual, atendiendo, sobre todo, a la novedad teórica de la revista y a su carácter de anomalía en el sistema literario de aquellos años. Esta nota no pretende alcanzar los méritos de esas contribuciones críticas y se propone, apenas, señalar dos aspectos poco atendidos.

El primero atañe a los textos de ficción publicados en la revista. En cuanto a esto, ocurre que los tres relatos habitualmente asociados a *Literal* se escribieron y publicaron antes de su aparición: *Nanina* (1968), *El fiord* (1969), *El frasquito* (enero de 1973). En el primer número hay avisos que anuncian la primera edición de *Sebregondi retrocede*, de Osvaldo Lamborghini, y la tercera del libro de Gusmán.

Tan significativo es que los críticos se hayan concentrado en el estudio de los textos programáticos publicados por la revista –“No matar la palabra. No dejarse matar por ella”; “La flexión *Literal*”; “Documento *Literal*”– como que se desentendieran de los literarios, aunque no son escasos. Debe conjeturarse que ese fenómeno responde, sobre todo, a que los textos de ficción –con excepción acaso de los firmados por Gusmán– si en su momento tuvieron algún interés, con el tiempo lo perdieron y no ameritan una relectura atenta.

En este sentido, *Literal* no produjo una literatura memorable –a muchas revistas literarias les sucede lo mismo–, aunque sí parece haber ocurrido que un pequeño conjunto de textos, diversos entre sí y hoy todavía valiosos, provocó la aparición de una revista que los legitimara, con intransigentes declaraciones teóricas, frente a la dominancia de la estética realista y del populismo ideológico. Así, *Literal* no fue causa de una literatura sino efecto –

“epílogo” lo llamó con acierto Mendoza— de un número muy acotado de ficciones que no sólo ya habían sido escritas, sino que además serían irrepetibles.

Es bastante conocido que en la introducción a *¿Qué es la filosofía?*, Deleuze afirmaba que la filosofía era, no “contemplación, ni reflexión, ni comunicación”, sino “el arte de formar, de inventar, de fabricar conceptos”; ese, y ningún otro, era su objeto y lo ilustraba con una venerable serie que sucedía los conceptos de sustancia, cógito, mónada, condición, potencia, tiempo, cada uno acompañado, desde siempre y para siempre, de la firma al pie de quien lo había creado: Aristóteles, Descartes, Leibniz, Kant, Schelling, Bergson. Por lo demás, Deleuze señalaba que cada concepto se distinguía por ser, en tanto producto de una creación, no una equivalencia ni una deriva de un concepto anterior sino, por el contrario, una formulación sintética que se planteaba a sí misma y sólo en relación a sí misma.

La afirmación de Deleuze puede ser recuperada, tal vez de manera desprolija, para entender el modo en que *Literal* concebía y practicaba la teoría literaria.

Hay dos grandes maneras de la teoría literaria. Una de ella es, digamos, instrumental; mediadora para la comprensión no tanto de lo que es sino de lo que la literatura debe ser. Esta amplia manera asume diversas inflexiones, pero en todos los casos su objeto — llamémoslo, por ejemplo, la ficción— está fuera de ella misma y posee una naturaleza diferente. La idea inmortal de que la literatura, al fin y al cabo, y más allá de toda duda, es un reflejo —verbal— de la realidad, dio pie, y lo seguirá dando, a variadas reflexiones en torno a qué tipo específico de reflejo es ese.

La otra manera, en cambio, se aproxima —y entiendo que mucho— a aquella idea de la creación de conceptos que se bastan a sí mismos. En esta flexión, la teoría literaria apenas si se interesa por los textos literarios efectivamente existentes y, en el extremo, hasta puede prescindir de ellos sin remordimiento. Lo declare unas veces y otras lo deslice en sordina, esta manera de la teoría literaria se concibe a sí misma como un tipo particular de ficción, eminentemente conceptual y desprovista de toda voluntad referencial. *Literal* hizo suya esta segunda manera.

En “La historia no es todo”, artículo publicado en el nº 4/5 de la revista, se lee: “El rechazo que *Literal* sufrió muestra que fue entendida y que todo mensaje llega a destino, aunque sea bajo la forma del odio que instaura la negación”.

Así interpretaban los miembros de la revista —¿quiénes?, ¿alguien más, aparte de García, de Gusmán?— una sucesión de juicios, de más a menos adversos, que *Literal* había merecido en

distintas publicaciones de, digamos, interés general: *La Prensa, Siete Días, Todo es Historia, Panorama, La Opinión, Redacción*.

Esos juicios desfavorables podrían ser razón para el fastidio de quienes escribían y publicaban *Literal*, pero no indican rechazo, odio ni negación sino que, en verdad, lo que hacen es poner en evidencia la tensión entre las dos maneras básicas de la teoría literaria. Hoy puede ser desconcertante, o ridículo, que quienes sostenían un discurso como el de *Literal* pretendieran que la revista fuera aprobada por aquellos que resultaban sus parientes más lejanos y odiosos en la gran familia de la literatura.

La irrevocable negación de discursos ajenos era la razón misma de ser del programa de *Literal* —y la causa primera de su actual reconocimiento crítico— y sus miembros no hacían sino repetir lo que habían aprendido de la tradición de las vanguardias: dar siempre lo que los demás no quieren y reclamarles solamente lo que nunca podrán dar. *Literal* tuvo la inmensa suerte, alcanzada por méritos propios, de que los conceptos primordiales de su teoría acerca de la literatura no fueran compartidos por casi nadie.

Hubo, es cierto, luminosas excepciones; Juan Jacobo Bajarlía reconoció, de inmediato, que se trataba de “una revista de vanguardia” que constituía “el registro inusual de una época”.

“La vida va por el río tocando de vez en cuando la costa, parándose un rato aquí y allí sin comprender nada. El principio del análisis es que nadie comprende nada de lo que ocurre.

La idea de la unidad de la vida humana me ha producido siempre el efecto de una mentira escandalosa”.

Fueron las últimas palabras de *Literal*. Traducidas al español, salieron de la boca de Jacques Lacan.